

Figuras de lo pensable en los estudios sobre comunicación

MARÍA GABRIELA GASQUEZ | FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS, UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN LUIS. ARGENTINA

ggasquez@email.unsl.edu.ar

ORCID: 000-0002-0940-6344

[DOI: 10.33255/26184141/1171](https://doi.org/10.33255/26184141/1171)

Fecha de recepción: 30/9/2021

Fecha de aceptación: 20/11/2021

| 21

Resumen

Los estudios sobre comunicación se presentan como una zona no unificada de interés teórico e investigación. Sin embargo, se ha configurado un itinerario que, si bien da cuenta de la coexistencia de variadas problemáticas e interrogantes con base en diferentes perspectivas teóricas, epistemológicas y políticas, tiende a legitimar unas formas particulares de concebir a la comunicación.

En este escrito nos proponemos revisar algunas de las nociones de comunicación consideradas fundantes en el campo de estudios de la comunicación. Con ello buscamos revisar el pensamiento que marcó el inicio de la investigación en comunicación y comprender cuáles son algunos de los antecedentes que viabilizan la continuidad, no de los estudios sobre comunicación, sino de una forma de pensarla que se define por la retirada al conformismo y que ha permitido, desde ese lugar del pensamiento, asociar a la comunicación unas nociones e intereses que la vuelven ajena al sentido de lo humano y que conllevan, por lo tanto, el riesgo de la deshumanización.

Para llevar a cabo nuestro trabajo recuperamos la noción de «figura» de Roland Barthes y, en consecuencia, seguimos como operatoria el «procedimiento de la tópica» propuesto por él; procedimiento que «implica una grilla en cuya superficie se pasea un tema» (Barthes, 2004: 53). De modo que este procedimiento consiste en el establecimiento de una tópica o red de lecturas en textos que suscitan una serie de asociaciones en torno a un tema. Estas asociaciones surgen a partir del criterio de recurrencia que da lugar a las figuras. Las figuras que abordamos en este trabajo son las siguientes: comunicación-información-conexión, comunicación-palabras-silencio.

Palabras clave: comunicación, figura, ideosfera



Figures of the Thinkable in Communication Studies

Abstract

Communication Studies are presented as a non-unified area of theoretical interest and research. However, an itinerary has been configured which, although it accounts for the coexistence of various issues and questions based on different theoretical, epistemological and political perspectives, tends to legitimize particular ways of conceiving communication.

In this paper we propose to review some of the notions of communication considered foundational in the field of communication studies. In doing so, we seek to review the thinking that marked the beginning of communication research and to understand what are some of the antecedents that make possible the continuity, not of communication studies, but of a way of thinking about it that is defined by the retreat to conformism and that has allowed, from that place of thought, to associate to communication some notions and interests that make it alien to the sense of the human and that entail, therefore, the risk of dehumanization.

To carry out our work we recover Roland Barthes notion of "figure" and, consequently, we follow as an operative the "procedure of the topic" proposed by him; a procedure that "implies a grid on whose surface a topic walks" (Barthes, 2004: 53). Thus, this procedure consists in the establishment of a topic or network of readings in texts that give rise to a series of associations around a theme. These associations arise from the criterion of recurrence that gives rise to the figures. The figures we deal with in this work are the following: communication-information-connection, communication-words-silence.

Keywords: communication, figure, ideosphere

I. SOBRE LAS HERENCIAS

Este escrito¹ surge al leer las propuestas de dos autores, propuestas que se ponen en diálogo y recogen aspectos planteados en la tesis de doctorado titulada *Variaciones sobre la comunicación. Una aproximación a la dimensión humana de la comunicación* (Gasquez, 2019). La primera de ellas remite a lo formulado por George Steiner en el marco de una conferencia que pronunciara en el año 1971 y en la que sostiene que una sociedad requiere antecedentes:

Lo que nos rige son las imágenes del pasado, las cuales a menudo están en alto grado estructuradas y son muy selectivas, como los mitos. Esas imágenes y construcciones simbólicas del pasado están impresas en nuestra sensibilidad, casi de la misma manera que la información genética. Cada nueva era histórica se refleja en el cuadro y en la mitología activa de su pasado o de un pasado tomado de otras culturas. Cada era verifica su sentido de identidad, de regresión o de nueva realización teniendo como telón de fondo ese pasado. Los ecos en virtud de los cuales una sociedad procura determinar el alcance, la lógica y la autoridad de su propia voz vienen de atrás. Evidentemente los mecanismos correspondientes son complejos y tienen raíces en necesidades de continuidad, difusas pero vitales. Una sociedad requiere antecedentes. (Steiner, 2006: 18)

Si bien la propuesta de Steiner trasciende el alcance de nuestro trabajo, pues está orientada a plantear un concepto de cultura, nos permite extrapolar algunas de sus ideas en relación con el campo de estudios de la comunicación o, más bien, en vinculación con la pregunta por el pensamiento heredado en dicho campo de estudios. Esto es: cuáles son los antecedentes que perduran y se repiten, a qué alude la necesidad de continuidad en un espacio de pensamiento que no puede verificar su sentido de identidad², pues carece de ella. Caben, en este punto, dos aclaraciones: en primer lugar, al hablar de campo tomamos como punto de referencia la propuesta desarrollada por Raúl Fuentes Navarro (1992) en tanto pone en diálogo la formulación elaborada por Pierre Bourdieu (2008) con el campo académico que aquí interesa y que remite al campo de la comunicación. Para el investigador mexicano el campo académico incluye a la investigación, la teoría, la formación universitaria y la profesión; aspectos que ponen en tensión actores, perspectivas y procesos. Esto supone además reconocer los condicionamientos presentes que buscan definir prácticas comunicacionales y discursos en torno a ellas y cuyo efecto es la legitimación, institucionalización y naturalización de ciertas prácticas y saberes. Así, el campo académico como «espacio social definido por prácticas sociales concretas, muchas de las cuales se expresan mediante discursos» permite reconocer «el conocimiento operante sobre los objetos de estudio: es decir,

sobre otros conocimientos, discursos y prácticas sociales» (Fuentes Navarro, 1992: 18). En relación con esta perspectiva, interesa destacar que consideramos que el proceso de institucionalización de un campo puede reconocerse a partir de un conjunto de procedimientos discursivos que establecen el orden de lo decible, definen una especialidad y delimitan prácticas y saberes. Se trata, en síntesis, de reconocer que el conjunto de textos considerados fundantes al interior del campo de estudios de la comunicación, delimitan y establecen una serie de proposiciones consideradas válidas que forman, como parte de la eficacia discursiva, un conjunto de objetos y unos sentidos particulares, en este caso, atinentes a la comunicación. En segundo lugar, al hablar de los estudios sobre comunicación, Héctor Schmucler advierte que se trata más bien de «un espacio común cuyo drama radica en su dificultad para nombrarse: el campo de conocimiento que integra la comunicación, en efecto, no ha logrado hasta ahora delimitar una identidad claramente establecida» (2006: 87). Ello se debe, entre otros aspectos, a la consideración del campo de estudios de la comunicación como una zona no unificada de interés teórico e investigación esto es, reconocer que nos encontramos con diversas perspectivas teóricas que estudian a la comunicación a partir de los aspectos, niveles, dimensiones o tensiones que cada corriente delimita. Multiplicidad de problemáticas que remiten, a su vez, a diferentes fuentes teóricas, epistemológicas, filosóficas, metodológicas que dan cuenta de la complejidad de la comunicación como campo de estudios y de la dificultad para definir el concepto de comunicación. En esta línea, Aníbal Ford señala que «todo intento de definir la comunicación y también la cultura debe hacerse cargo no sólo de cientos de definiciones sino de una tópica en cuyo centro está la afirmación de la complejidad de estos conceptos cuando no la imposibilidad de definirlos» (Ford, 2002: 22).

La segunda propuesta toma como referencia dos textos de Héctor Schmucler en los que, desde la tensión entre olvido y memoria, busca recrear algunos de los hechos y experiencias que caracterizaron a los estudios sobre comunicación. De sus escritos interesa puntualizar dos aspectos: uno, vinculado al señalamiento que realiza en torno a una tendencia que definió al pensamiento sobre la comunicación luego las décadas del sesenta y el setenta y que define, desde la propuesta de Castoriadis (1997), como una «retirada al conformismo» o, en términos del propio autor, bajo la forma de una «resignada aceptación de lo dado». Cabe aclarar que este movimiento no sólo caracterizó a los estudios sobre comunicación en la región (Cfr. Schmucler, 2006). El otro de los aspectos alude a la tarea de reconocer que «"lo nacional" permaneció y permanece pegado a la influencia de las corrientes intelectuales venidas de afuera» (Schmucler, 2006: 89). Lo que significa que al abordar concepciones comunicacionales en la región precisamos volver sobre investigaciones y planteos teóricos pioneros que trascienden las coordenadas geográficas.

Lo antes mencionado nos lleva a considerar al campo de estudios de la comunicación como un sistema de pensamiento heredado que tiene raíces en necesidades de continuidad. Sin embargo, no sólo se trata de la necesidad de recrear y comprender los alcances de las herencias, sino de considerar que aun cuando el campo de la comunicación no ha logrado delimitar una identidad eso no ha impedido que la comunicación «multiplicara su importancia en el mundo, para que se instalara en el corazón de su más íntima estructura» (Schmucler, 2006: 89). Por lo tanto, esa necesidad de continuidad de la que nos habla Steiner no estaría dada por la posibilidad de verificar un sentido de identidad, sino por el lugar que la comunicación ha logrado ocupar en el mundo.

A partir de allí nos preguntamos entonces: ¿qué hemos heredado como pensamiento? ¿cuáles son las concepciones comunicacionales que nos anteceden y que han prevalecido? ¿qué figuras de la comunicación son habilitadas o qué ideas de comunicación se vuelven pensables? En síntesis: ¿en qué medida las investigaciones y concepciones comunicacionales pioneras configuran o determinan al pensamiento actual sobre la comunicación?

Con estas preguntas buscamos comprender cuáles son algunos de los antecedentes que viabilizan la continuidad, no de los estudios sobre comunicación, sino de una forma de pensarla que se define por la retirada al conformismo y que ha permitido, desde ese lugar del pensamiento, asociar a la comunicación unas nociones e intereses que la vuelven ajena al sentido de lo humano y que conllevan, por lo tanto, el riesgo de la deshumanización. Dicho de otra manera, el proyecto de humanidad que prevalece celebra a la comunicación, en el mismo momento, en que nos convierte en testigos de la destrucción de una experiencia que la haga posible. Se trata de una centralidad en la que la propia comunicación se constituye en un valor universal y totalizador y ello no solo afirma la instauración de un orden comunicacional, sino que niega, al mismo tiempo, la posibilidad de su impugnación.

II. IDEOLOGÍA COMUNICACIONAL E IDEOSFERA

Para avanzar en el recorrido nos detenemos en la idea que postula Schmucler respecto a la centralidad dada a la comunicación, gesto que la llevó a constituirse en un imperativo de nuestro tiempo. Mencionamos algunas consideraciones a fin de poner en común aspectos presentes en esta idea: esto es, la exaltación de la comunicación como valor en sí misma; la asunción de una concepción de hombre como *homo communicans*, un sujeto que «solo existe a través de la información y el intercambio» (Breton, 2000: 52); la aceptación social de una idea que se volvió doxa: «la llegada de la sociedad de la información» (Schmucler, 1997: 41), una construcción histórica que no sólo está obsesionada por la comunicación, sino que también genera, entre otras, una ilusión que es «la del poder liberador de la comunicación» (Breton, 2000: 159); la ratifi-

cación de una aporía que dice «comuniquémonos. Comuniquémonos mediante los instrumentos que, precisamente, han debilitado a la comunicación» (Sfez, 2007: 13); una visión optimista y celebratoria que enlaza comunicación y tecnología y que fija un modelo de sociedad y de ser humano en el que, como lo expresa Schmucler «la técnica ha ido generando la ilusión de que estamos todos juntos, cuando no nos reconocemos» (Schmucler, 2013: 8).

De esta manera, se da a la comunicación un alcance significativo que la ubica en el centro de la escena como dominio performativo. Alcance que contribuye a configurar un modo de estar en el mundo que limita e inmoviliza otras formas de vivir y pensar la comunicación; formas en las que se juega el sentido del vivir. A ello se suma no sólo el carácter polisémico del propio término comunicación sino la función adánica que se le ha otorgado. Nombrar y crea, configura sentidos que se inscriben en diversos órdenes. Entendido de esta manera el término comunicación nombra prácticas sociales, la proliferación de técnicas y tecnologías, delimita campos profesionales y laborales, contribuye a la profesionalización de ciertas prácticas y a la institucionalización de un campo de estudios y un conjunto de saberes. A su vez, la capacidad nominativa y explicativa que se le atribuye a la comunicación puede ser reconocida a partir de los usos que fue adquiriendo la palabra comunicación y cuya ampliación queda expresada en el catálogo que presenta María Moliner (2007) en el *Diccionario de uso del español*, allí encontramos que los usos del vocablo comunicar y comunicación se han ampliado; así como las entradas vinculadas a la familia etimológica, a saber: «comunicabilidad, comunicable, comunicacional, comunicado, comunicador, comunicante, comunicatividad, comunicativo, comunicatorio, comunicología y comunicólogo» (Moliner, 2007: 737-738). Una de las características de esta presencia está dada por la insistencia en la construcción de objetos y sujetos particulares, pero también por la acentuación de una propiedad, una cualidad. Así, la comunicación adquiere un nuevo estatuto: es acción, objeto, sujeto, dominio de saber, experticia, capacidad y condición de posibilidad. Este acento puesto en las derivaciones puede leerse como el dominio de una concepción comunicacional que, bajo la construcción de un catálogo propio, logró extenderse.

En síntesis, la capacidad nominativa y explicativa que se le atribuye a la comunicación puede ser leída, en parte, desde el proyecto humano jerarquizado que estructura a la comunicación en estrecha vinculación con la tecnología. Insistimos sobre esta problemática visibilizada por Mattelart y Mattelart (1997) y Schmucler (1997) y remarcamos el carácter totalizador que se le confiere a la comunicación:

Los nuevos libros que encadenan el futuro a nuestro abismal presente son productos de la «era tecnocrónica» pero otorgan a la filosofía y a la política un lugar bien diferente. Su devoción se vuelca sobre un

espacio teórico que subsume todo, incluida la filosofía y la política, en un eje paradigmático: la comunicación. (Schmucler, 1997: 167)

Este funcionamiento, en el caso de la comunicación, presenta un engranaje discursivo y material que lo sostiene y moviliza. Se trata no sólo de la preeminencia de una ideología comunicacional, un mito, sino de un conjunto de discursos, prácticas, instituciones y sujetos que lo viabilizan. De allí la incorporación de la noción de campo académico como espacio que insiste en el reconocimiento y la jerarquización de un saber considerado válido para su enseñanza y profesionalización. Recordemos que la noción de campo académico permite reconocer prácticas y discursos tanto en el ámbito educativo como por fuera de él. Este aspecto habla del efecto multiplicador que garantiza el mantenimiento y regulación del estatuto múltiple (saber, práctica, labor y experiencia) que se le ha otorgado a la comunicación en diferentes ámbitos.

La idea de un proyecto humano jerarquizado que se estructura a partir del encadenamiento entre comunicación y tecnología puede ponerse en diálogo con la formulación de Breton al sostener que «el sistema de valores que se construyó en torno a la comunicación se afirmó progresivamente como una alternativa posible a las ideologías y a las representaciones "clásicas" del hombre» (2000: 169); sistema que adquirió la forma de una utopía que se encuentra «fuertemente presente en el centro mismo de nuestra cultura y de nuestras más íntimas representaciones» (2000: 128).

Es así que la comunicación funda una ideología en la que la propia comunicación se vuelve un valor de alcance universal y habilita la construcción de un proyecto utópico: la «sociedad de comunicación».

Si bien para Breton esta utopía no se ha realizado como tal, importa en la medida en que da cuenta de una construcción histórica que no sólo está obsesionada por la comunicación, sino que también «genera hoy una ilusión más importante, la del poder liberador de la comunicación» (2000: 159). Ilusión que se articula «en torno a dos creencias. Por una parte, el solo hecho de comunicarse sería suficiente para vivir en armonía en la sociedad. Por otra parte, la comunicación podría instrumentarse, es decir, ser objeto de un saber práctico fácilmente manipulable» (2000: 159).

Esta centralidad dada a la comunicación que anuncia la llegada de un nuevo hombre y la conformación de una «sociedad de comunicación» armónica y carente de conflictos no hace más que acentuar el riesgo que corremos y que es el de ser «una sociedad fuertemente comunicativa pero débil en sus encuentros» (Breton, 2000: 162).

Por su parte, Schmucler aporta una mirada que enriquece la propuesta de Breton, pues se trata de «la constitución de una ideología de la técnica que, en nuestro tiempo, se ha vuelto la ideología dominante y a la que podríamos denominar *tecnologismo*» (1997: 55). Una visión optimista y celebratoria que fija

un modelo de sociedad y de ser humano en el que «la técnica ha ido generando la ilusión de que estamos todos juntos, cuando no nos reconocemos» (Schmucler, 2013: 8).

El problema radica en que «la ideología de la técnica ha realizado una jugada maestra al sustentar que todas las ideologías han concluido. La tecnología, en realidad, intenta marginarse del campo del discurso —lugar de la ideología y de la disputa— para erigirse como transparencia» (Schmucler, 2013: 43). Esta ideología afirma la instauración de un orden comunicacional y anula, a la vez, la posibilidad de su rechazo, pues «no admite la voluntad de negación; se enraíza en la pura afirmación del mundo tal cual es. El tecnologismo, mientras ahueca lo propio de la naturaleza del ser humano: su posibilidad de opción, le señala al hombre un espacio, el de la técnica, en el que debe realizarse como especie» (Schmucler, 1997: 59).

Como parte de la operación (de afirmación y negación) que impone la ideología dominante, la comunicación ingresa en una aporía que Lucien Sfez describe de la siguiente manera «nunca se ha hablado tanto de la comunicación como en una sociedad que no sabe comunicarse con ella misma, cuya cohesión está cuestionada, cuyos valores se descomponen, cuyos símbolos demasiado usados ya no logran unificar» (2007: 11). Por su parte, Schmucler insinúa también esta tensión «y cuando digo comunicación no es un simple juego. O vivimos comunicados, es decir, nos sentimos juntos con otros, o la vida humana va diluyendo su sentido» (2013: 8).

En relación con el planteo anterior respecto de la ideología comunicacional, la comunicación como término polisémico y configurador puede pensarse desde la noción de ideosfera que propone Roland Barthes. La ideosfera se presenta como un sistema de lenguaje, como «un sistema discursivo fuerte, no *idio-lectal* (que puede ser imitado, hablado, insospechadamente, por un gran número de personas)» (Barthes, 2004: 139). De esta manera, la ideosfera supone la adscripción a un conjunto de «ideas fraseadas» o «argumentos-fórmula» que «inextricablemente ligada a una fe» cohesionan sujetos, al menos a aquellos que adhieren a una ideosfera. Interesa remarcar aquí que esa adhesión que Barthes llama mimetismo puede pensarse como «consciente, deliberado, sea por maquiavelismo, en el nivel de los Estados, sea por conformismo prudente en el nivel de los individuos, cada vez que la ideosfera está ligada a un poder» (Barthes, 2004: 144).

A su vez, la ideosfera, que conjuga poder e ideología, tiende a constituirse en *doxa*, es decir «en "discurso" (sistema particular de lenguaje) que es vivido por los usuarios como un discurso universal, natural, evidente, cuya tipicidad no es percibida, cuyo "exterior" es siempre remitido al rango de margen, de desvío: discurso-ley que no es percibido como ley» (Barthes, 2004: 142). Esto significa que la ideosfera es asimilada como parte de un espacio autónomo cuya cohesión proviene del interior de sí misma, lo que le permite, como parte de su

funcionamiento, negar la existencia de las determinaciones sociopolíticas de la época. Por eso, Barthes expresa que la ideosfera, como discurso de la *doxa*, es una «especie de aparato regulador, homeostático, que regula el poder entre límites óptimos» (2004: 142).

A ello se suma la perpetuidad, esto es «el poder de durar» y «la duración de un sistema no prueba su "verdad", sino precisamente su "resistencia", es decir, la cualidad de su funcionamiento» (Barthes, 2004: 144). Podemos pensar entonces que es el efecto multiplicador y la perpetuidad lo que permite a una ideosfera mantener su lugar y persistir.

| 29

Al extrapolar la noción de ideosfera al campo de la comunicación queremos subrayar tres aspectos:

-La consagración de un orden comunicacional que atraviesa y afecta procesos de formación e investigación, prácticas profesionales, a los objetos mismos, a los procedimientos, a las carreras, y claro está, a los sujetos.

-La persistencia de una concepción de la comunicación estructurada a partir de un lenguaje matemático ingenieril que imprimió en la comunicación una imagen instrumental. Imagen que resulta difícil eludir al decir la comunicación en tanto se constituye en una de las ideas-fuerza naturalizada en el campo de estudios de la comunicación.

-Las herencias y dinámicas que caracterizan al campo de la comunicación y que remiten a la recurrencia establecida en torno a recorridos canónicos, autores consagrados, modas teóricas y desplazamientos³ que hay que seguir.

Estos aspectos permiten subrayar el funcionamiento de los discursos teóricos como un conjunto de formulaciones heredadas que comparten los sujetos que integran el espacio académico y que se presentan como parte de trayectos autónomos escindidos de los procesos sociopolíticos de la época.

Entendemos que las herencias tienen, en principio, una doble función: reproductiva y naturalizadora. En cuanto a la función de reproducción, se trata del sostenimiento de las concepciones de la comunicación que habilitan los marcos teóricos y analíticos legitimados (los antecedentes, su continuidad). En cuanto a la función definida en términos de naturalización se alude a una tendencia que modela las opciones, a la solidificación de un orden que anula el carácter histórico y con ello visiones de la comunicación cuyos efectos sean la puesta en crisis del sentido común y de la ideología de la época.

Consideramos entonces que tanto la persistencia del sesgo instrumental, cuanto la recurrencia a esquemas y concepciones teóricas heredadas muestran la preeminencia y la adscripción a una ideología comunicacional también en el marco académico, dinámica que da lugar al sostenimiento del orden comunicacional instaurado.

Carlos Mangone avanza en esta reflexión:

En otras palabras, pensamos que el campo –no sin contradicciones, con biografías intelectuales peculiares y propuestas de conocimiento diferenciadas– acompañó la tendencia dominante y, en no pocos casos, operó desde una racionalidad cada vez más instrumental o, más sencillamente, desde un discurso legitimador del estado de cosas. (2006: 2-3)

Insistimos, podemos leer la persistencia de la ideología comunicacional, de lo heredado, del estado dado de cosas a partir de los modos en que opera la ideosfera.

| 30

III. FIGURAS DE LO PENSABLE

Tal como dijimos al iniciar este escrito, el campo de estudios de la comunicación se presenta como una zona no unificada de interés teórico e investigación. Sin embargo, bajo la denominación Teorías de la Comunicación⁴ se ha configurado un itinerario que, si bien da cuenta de la coexistencia de variadas problemáticas e interrogantes con base en diferentes perspectivas teóricas, tiende a legitimar unas formas particulares de concebir a la comunicación.

Interesa, en esta instancia, revisar las nociones de comunicación consideradas fundantes en el campo de estudios de la comunicación. Con ello buscamos revisar el pensamiento que marcó el inicio de la investigación en comunicación y cuyo efecto de persistencia llama la atención por la presencia en el mito actual. La idea de Le Breton en cuanto a que «las ideologías modernas de la comunicación florecen en este trasfondo histórico» en el que «los científicos recibieron en esa época [el período de la posguerra] la misión de asegurar el control de las sociedades recurriendo a las máquinas» (Le Breton, 2006: 3), es la que marca el recorrido.

III. a) COMUNICACIÓN-INFORMACIÓN-CONEXIÓN

Entendemos que son los sentidos previstos en los desarrollos teóricos los que nos permiten comprender las formas que adquirió la comunicación humana en nuestra contemporaneidad. En un primer momento, formas de la comunicación cuyas operaciones de sentido han cohesionado comunicación, transmisión de información e interacción como autorregulación.

Así, en los trabajos de Claude Shannon y de Norbert Wiener prevalecían intereses tecnológicos, armamentistas y bélicos destinados al desciframiento de códigos, a la eficacia en la transmisión de mensajes y al estudio del tiro de cañones antiáereos; trabajos a los que se sumaron los propuestos por Ludwig von Bertalanfy quien «establecía las bases de lo que formalizaría en la posguerra como la "teoría de los sistemas", una teoría cuyos principios han proporcionado un instrumento de acción con fines estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial» (Mattelart y Mattelart, 1997: 44), y las investigaciones empí-

rico-experimentales marcadas por intereses propagandísticos. La vinculación entre comunicación y guerra queda plasmada, Mattelart (2003) escribe

La comunicación, para lo que sirve, en primer lugar, es para hacer la guerra. Pero, fuera del período de las hostilidades, que suscitan la abundancia de los análisis e incluso su alistamiento al servicio de los ejércitos, la guerra se ha constituido, tradicionalmente, en zona ciega del pensamiento acerca de la comunicación. El confinamiento de la noción de comunicación en la industria del entretenimiento en tiempo de paz no es el único en hacer inaudible el discurso sobre la relación comunicación-guerra. (Mattelart, 2003: 18)

| 31

Este panorama, nada alentador, exhibe un pensamiento comunicacional al servicio de la muerte, del progreso, de la técnica y del mercado. La comunicación, ante la supremacía de lo instrumental, trabaja en pos de la eficacia, de la persuasión, del control del sistema, de la autorregulación. Las formas de vida que produce están subsumidas en un sistema que prevé corrección de las desviaciones y adaptación. Este pensamiento sostenido en la lógica informacional suspende la posibilidad de la comunicación como experiencia.

El problema radica en que la «proliferación de las tecnologías y la profesionalización de las prácticas no han hecho sino sumar nuevas voces a esta polifonía [la de la noción de comunicación] en un final de siglo que hace de la comunicación la figura emblemática de las sociedades del tercer milenio» (Mattelart y Mattelart, 1997: 9). Expansión que ha llevado a que el fenómeno de la comunicación humana sea reducido al fenómeno de los medios, aspecto que reafirma la confusión entre comunicación y posibilidades técnicas. De allí que parte del desarrollo de la investigación en comunicación haya estado centrado en el análisis de los medios, inicialmente en vinculación con la pregunta por los efectos.

La tradición norteamericana se ha ocupado de trabajar sobre esto recuperando la psicología conductista y neoconductista para fundamentar sus desarrollos. Claro que la «investigación administrativa no es, desde luego, nueva en los Estados Unidos. Pero su generalización es inédita y va pareja con la liberalización del modo de comunicación. El pragmatismo que caracteriza a los estudios operativos impregna cada vez más las maneras de decir la comunicación» (Mattelart y Mattelart, 1997: 126). El problema de esto no reside sólo en la reducción comunicación-medios, sino en que en las maneras de decir la comunicación que se expanden «resulta que el campo en su conjunto experimental cada vez más dificultades para desprenderse de una imagen instrumental» (Mattelart y Mattelart, 1997: 126).

Si bien no nos proponemos analizar, en este trabajo, cada una de las teorías elaboradas en el marco de la *Mass Communication Reserch*, importa remarcar que dichas investigaciones tuvieron lugar en el período de entre guerras

y cuyos intereses armamentistas, tecnológicos, mercantiles y políticos imprimieron en los diferentes recorridos un sesgo empirista-administrativo que confirió a la comunicación un carácter estratégico-instrumental.

De modo que la problemática de la comunicación queda reducida al tema de la transmisión, de los efectos y a su capacidad efectiva de lucros.

De allí que el pasaje forzado de la teoría matemática a otros ámbitos ponga a «la experiencia de la comunicación por debajo de su complejidad y riqueza» (López P., 1998: 27). No se trata solo de las zonas que quedan afuera cuando prevalece la matematización de la comunicación, sino especialmente de la economía comunicacional que demarca.

El *homo communicans* aparece ubicado en un polo del proceso dispuesto a recibir una infinita cantidad de información; codificación y decodificación aparecen como operaciones en espejo sostenidas en un universal (el código) y son, a su vez, operaciones temporalmente próximas, puesto que la respuesta es inmediata. Esta lógica matemática-eficientista inmoviliza a un sujeto que aparece situado en un proceso en el que codificación y decodificación se constituyen en movimientos casi simultáneos.

La concepción de comunicación aquí abordada describe una dinámica del contacto que se define por el traspaso de información cuantificable, cuya temporalidad aparece demarcada por las posibilidades que los cambios en la tecnología van proporcionando.

A menudo se sostiene que la concepción de comunicación como transmisión de información ha sido superada. Sin embargo, aspectos tales como la capacidad del canal, la entropía y la fuente han hecho de esta teoría la clave del avance tecnológico tendiente a la profundización en el estudio y el desarrollo de los aspectos enunciados por Shannon hace más de sesenta años.

Desde entonces, los logros tecnológicos se definen por la posibilidad de ampliar la capacidad de la fuente y aumentar la velocidad de transmisión y respuesta como parte un mundo que celebra a la información.

Lo que aquí interesa señalar es que cada una de las tradiciones teóricas resume un aspecto o dominio de algo mayor que es la historia humana. Los conceptos y nociones hasta aquí trabajados interesan por el proyecto humano que contribuyen a configurar, por la forma en que se presenta a las relaciones humanas y por la concepción comunicacional que prevalece y que regula los encuentros. Así, por ejemplo, a la recurrencia de la noción de información se suma la persistencia que, pese a las variaciones en los trayectos investigativos, puede apreciarse a través del tiempo. Recurrencia y persistencia cuyo efecto viabilizó una cultura comunicacional ceñida a lo informacional.

El *riesgo* de ello es desplazar la dimensión comunicativa del sujeto al medio, al aparato o la tecnología y desconocer, en ese movimiento, la necesidad y capacidad humana de convivir para terminar «comprometido con la ideología de un sistema que se quiere esclavo humilde de la racionalidad

tecnológica» (Schmucler, 1997: 14). La consagración de esta visión comunicacional⁵ puede sintetizarse en la propuesta que realiza Schmucler (1997) y que define como la «visión etnocéntrica del occidente tecno-racionalista». Una suerte de optimismo y celebración que enlaza comunicación y tecnología y que fija un modelo de sociedad y de ser humano. Sin rodeos, «las tecnologías cumplen también un papel performativo; es decir que al usarlas se realiza la concepción con que fueron creadas» (Schmucler, 1997: 215), por ello no podemos negar la dimensión ideológica, esto es, la manera de pensar el mundo que contienen.

| 33

Expresada en otras palabras, son las consecuencias de esta visión «etnocéntrica del occidente tecno-racionalista» las que, de alguna manera, Luis Gruss (2010) interroga cuando escribe:

La conexión multiplicada hace creer a muchos que ahora vivimos en un estado de comunidad estrecha, infalible y definitiva. Sienten que las distancias han sido barridas para siempre gracias al zumbido insistente del equipo recargable y a un tiempo veloz que desintegra la geografía. ¿Pero estamos realmente más cerca entre nosotros? Es más, ¿la distancia en general debería ser evitada? (Gruss, 2010: 22)

Podemos decir que lo que preocupa a Gruss es, en primer lugar, la confusión entre conexión, cercanía y comunidad y en segundo lugar, el efecto que las características de la conexión imprimen en el imaginario actual al tramar una idea de comunidad «estrecha, infalible y definitiva» y que hace de la cercanía una presencia perpetua en diferido en la que la distancia ha sido borrada. Visión de la cercanía que irrumpe como condición de época, como imperativo social y que, siendo histórica, se vuelve naturaleza.

Al producirse la operación de naturalización se organiza el mundo alrededor de una conexión que aparenta ser una comunidad. Sin embargo, la experiencia de la comunicación no puede afirmarse.

Héctor Schmucler plantea la aporía

Nunca hemos hablado tanto de comunicación. Nunca hemos estado tan en contacto. Y nunca (tal vez nunca), por lo menos desde nuestra experiencia civilizatoria, hemos estado más solos. Si algún drama hoy podría significar el mal de nuestro mundo es la infinita soledad en que estamos en medio de muchedumbres que se agitan con celulares, con sistemas múltiples de redes, donde se genera la ilusión de tener «amigos» (no hace falta que diga a qué aludo), de estar en permanente vínculo con el otro. (Schmucler, 2013: 8)

III. b) COMUNICACIÓN-PALABRA-SILENCIO

Al repasar los estudios de comunicación en Argentina⁶ se puede reconocer, de manera especial pero no excluyente, que gran parte de las perspectivas teóricas (Estudios sobre Comunicación y Cultura y Economía Política de la Comunicación) acentúan un pensamiento sobre la comunicación que adquiere la forma de una reivindicación de la palabra.

Mencionamos algunas de las propuestas y conceptualizaciones que enfatizan la puesta en escena de la palabra:

-Estudios referidos a expresiones culturales que buscan poner en discusión el modelo cultural dominante y que favorecen procesos de visibilización y afirmación de los sectores populares.

-Análisis de recepción que definen a los sujetos receptores como partícipes activos del proceso comunicativo, concepción que desplaza la posición asignada a los sujetos en las tradiciones conductistas y funcionalistas que los sitúan como polo pasivo.

-Investigaciones sobre las estructuras en el sector de las industrias culturales que luego pueden traducirse como parte de las demandas que aspiran al derecho a comunicar, al derecho a la información y a la libertad de expresión entendidas como:

pilares de una tradición contenida en la Declaración Universal de Derechos Humanos, en la Convención Americana de Derechos Humanos, en otros pactos internacionales con rango constitucional, en el propio articulado de la Constitución nacional y en leyes específicas vigentes en el país. (Becerra, 2015: 17)

Se trata, en definitiva, de propuestas que buscan ampliar las posibilidades del decir, ya sea mediante la participación en la elaboración y planificación de sistemas de comunicación, de medios, de políticas y de programas; lo referido al acceso a la información; o a la posibilidad de confrontar y resistir a los contenidos y modelos dados, esto es como reivindicación de manifestaciones que no responden al orden establecido. Todas ellas llevan a la incorporación y contemplación de voces que se suman a la circulación de la palabra imperante.

En Argentina, desde la década del setenta a la actualidad, se han elaborado diversos planteos referidos a la llamada democratización informativa, planteos que habilitaron discusiones y proyectos de Políticas Nacionales de Comunicación (PNC), así como de indagaciones orientadas a problematizar la relación entre medios de comunicación, libertad de expresión y derecho a la comunicación.

Además, cabe recordar que durante los años setenta: «las Políticas Nacionales de Comunicación (PNC) propuestas y/o desarrolladas en algunos países de América Latina se enmarcaban en el reclamo promovido por el Tercer

Mundo en UNESCO y Naciones Unidas para la creación de un Nuevo Orden Internacional de la Información (NOII)» (Mastrini y Mestman, 1996: 84); situación que extendió el alcance dado a la demanda⁷.

Con este señalamiento no pretendemos simplificar los trayectos ni las concepciones presentes en el campo de la comunicación; menos aún desconocer el carácter político que se le imprimió a la palabra, como derecho, aunque limitada a la noción de información. No obstante, entendemos que la asociación entre comunicación, información y circulación de la palabra que queda consagrada, limita, cuando no restringe, una mirada respecto a la comunicación que contemple, por ejemplo, la experiencia del silencio. Más bien, corresponde precisar que la limitación no radica en una ausencia de pensamiento sobre el silencio, sino en la significación que éste adquirió al quedar asociado a una idea de censura.

Ese sentido dado al silencio fue exacerbado por los procesos dictatoriales que se impusieron en la región, de modo que, tal como sostienen Damián Loreti y Luis Lozano, «la regulación y las prácticas de censura atravesaron la difusión de contenidos artísticos, informativos y de entretenimiento en todos los soportes y niveles desde principios del siglo xx» (2015: 76); práctica que no sólo se estableció como mecanismo de control sistemático por parte de organismos estatales y paraestatales, sino que se trató también «de una práctica que impregnó los medios de comunicación que sobrevivieron al terrorismo de Estado a partir de una estructura de cooperación con el gobierno dictatorial decidida por los empresarios» (Loretti y Lozano, 2015: 76). Formas de la censura que, mediante la violencia, la asociación y la muerte, silenciaron voces opositoras de periodistas, militantes y medios.

Sin embargo, el mecanismo de anulación de sujetos, de posiciones e interpretaciones no se restringe a las dictaduras, ni se ejerce sólo de modo directo, pues existen

formas indirectas en las que el Estado no es necesariamente protagonista. Entre ellas debe citarse la concentración de la propiedad, la proscripción de individuos o sectores sociales (como aquellos sin fines de lucro) al acceso a recursos públicos como el espectro radioeléctrico a través de licencias audiovisuales, el ejercicio arbitrario de la regulación y de políticas impositivas selectivas, las figuras penales que criminalizan la opinión, el abuso de recursos para premiar la subordinación o castigar la crítica —el caso de la publicidad oficial— y la obstrucción del acceso de la ciudadanía a la información pública. (Becerra, 2015: 18)

A modo de cuestionamiento al ejercicio de la censura en sus diferentes modalidades y con la restitución de la democracia en Argentina en el año 1983 es que fueron surgiendo reclamos, aunque paulatinamente. Para dar cuenta

de los alcances que tuvieron las demandas remitimos al análisis que desarrollan Loreti y Lozano (2015) al abordar los debates sobre la libertad de expresión

Los primeros años del siglo XXI mostraron una inédita demanda social en torno a la consagración y defensa de los principales elementos de los derechos humanos, lo cual se tradujo en una exigencia de respuestas para los sistemas y organismos multilaterales. Este proceso derivó, entre otras consecuencias, en un crecimiento exponencial de las presentaciones ante instancias nacionales e internacionales en los más diversos tópicos incluidos el derecho a la libertad de expresión, a la información y a la comunicación (...). Así, se originaron acciones que pusieron a consideración de los organismos internacionales cuestiones como la crítica a la penalidad de la expresión, el acceso a la información pública y de interés público, la protección física y material de los periodistas y de otras personas que toman la voz pública —entre ellos, los defensores de los derechos humanos— y la necesidad de fomentar el pluralismo y preservar la diversidad de voces. (Loretti y Lozano, 2015: 25)

| 36

Todos los procesos descritos hasta aquí contribuyeron a configurar un estatuto de la comunicación en el que se jerarquiza la palabra y mientras ésta se reivindica como derecho (a la libertad de expresión, a la información, a la comunicación, a la necesidad de fomentar el pluralismo y preservar la diversidad de voces) el silencio adquiere un matiz negativo que lo vuelve insostenible; silenciar es censurar.

Digamos que mientras se reivindica el derecho a la palabra se elude el silencio como un «intento de romper este monopolio [el de la autoridad institucional y su dominio] de la iniciativa con vistas a restablecer la paridad» (Le Breton, 2006: 58). Para el autor, una vez que ha sido alcanzado el derecho a la palabra «el estatuto del silencio se transforma, y de ser una obligación pasa a ser una opción» (2006: 58). Claro que, en este contexto, el silencio como opción queda rezagado al triunfo de la palabra.

Insistimos: la concepción dominante, la ideología comunicacional contemporánea, ratifica también la jerarquización de la palabra, su producción y multiplicación. Desde allí nos preguntamos por qué la reivindicación de la palabra y el sentido despectivo dado al silencio persisten en viejas y nuevas demandas, tanto en la *doxa*, cuanto en el campo de estudios de la comunicación.

Asimismo, el impulso dado a la información alcanzó otros niveles, fue formulada como condición de posibilidad para la comunicación en el marco de debates internacionales, tal como advertimos anteriormente en relación con el caso de la discusión por un Nuevo Orden Internacional de la Información y la Comunicación. La reinterpretación que del debate ofrece Schmucler (1997) aporta ele-

mentos para precisar el carácter mercantil-instrumental dado a la información. Es esta lectura la que nos lleva a considerar que la imposibilidad del silencio no está dada sólo por la tarea de alcanzar la condición de *homo communicans* que la utopía prevé, sino por la capacidad del silencio para esquivar el carácter productivo que se le imprime a las cosas.

Al considerar este tema, Andrés responde

El mal llamado progreso, unido a un ideario de producción sin límites, a un estado de crispación y consumo sin tregua, es sumamente ruidoso. Las ciudades sitiadas por los colapsos y asaltadas por los precios impuestos por la barbarie, el fragor de unas máquinas que no se sabe para qué producen, el ir y venir de mercancías, la empobrecedora sobreabundancia, forman un mundo tan irracional como laberíntico. El silencio, como no se considera «productivo», no tiene cabida en esta organización de la desmesura y el estrépito. (Andrés, 2011: 1)

| 37

Este, tal vez, sea el punto decisivo. El silencio, entrópico en el nivel sistémico «produce malestar y un deseo inmediato de yugularlo, como si de un intruso se tratara» (Le Breton, 2006: 1); inservible en la cadena productiva puede pensarse, en principio, como un «vestigio arqueológico, (...) resto todavía no asimilado» (2006: 1), invisible aún para la dinámica económica. Aunque, «al convertirse en algo infrecuente y verse hostigado por todas partes, el silencio se transforma en un valor comercial (...) Especie en vías de extinción, su valor aumenta cada día» (Le Breton, 2006: 134).

Así y todo, para la realización de la utopía de la comunicación importa que el silencio no se manifieste, pues la concreción y perdurabilidad del ideal actual viene de la continuidad en la transmisión, el hombre es un lugar de tránsito, forma parte de un proceso de intercambio que «consiste en ajustarnos a las contingencias de nuestro medio y de vivir de manera efectiva dentro de él. Vivir de manera efectiva significa poseer la información adecuada» (Wiener, 1988: 17-18).

Control e información disipan la interrupción y al hacerlo invalidan aquello que se convoca cuando acontece el silencio, por lo tanto, inhabilitan «al pensamiento, a la lectura, al demorado encuentro con nosotros mismos, al contacto con la naturaleza, el amor, la íntima alegría» (Gruss, 2010: 12). Una interrupción tan necesaria para la reflexión, pero que asociada a la idea de avería sólo parece indicar que se produjo una paralización en el flujo informativo. En el mundo del ruido, el silencio es una falla; excluirlo es parte del triunfo de una *comunidad locuaz*. *Comunidad locuaz*, esa que refiere «a la comunidad que ha hecho del contacto continuo un hábitat de la experiencia inmediata. No hay interrupción: apenas un despliegue de expresiones inconexas. Es la "comunidad locuaz" donde las formas histórico-sociales del dominio se afirman como

nunca por encima de los contenidos en juego. Se habla cada vez más y se dice cada vez menos» (Gruss, 2010 remite al planteo de Paolo Virno: 19-20).

IV. CIERRE

Lo cierto es que la centralidad de la comunicación hasta aquí presentada habla del proyecto de humanidad que la acompaña, esto es un modelo de sociedad y de ser humano en el que las ilusiones *del contacto, de una auténtica y total comunicación, de lo omnipresente y lo incesante, de proximidad, de transparencia, por nombrar algunas de las ilusiones facilitadas por la comunicación* marcan la entrada en una economía que hace de la comunicación un espacio de intercambio en el que los sujetos participan indefinidamente y la participación indefinida habla de una vida llena de encuentros, pero no garantiza la posibilidad de la experiencia. Es precisamente en este punto en el que interesa volver sobre un fragmento en el que Schmucler avanza más aún y plantea la aporía en la que estamos inmersos:

Nunca hemos hablado tanto de comunicación. Nunca hemos estado tan en contacto. Y nunca (tal vez nunca), por lo menos desde nuestra experiencia civilizatoria, hemos estado más solos. Si algún drama hoy podría significar el mal de nuestro mundo es la infinita soledad en que estamos en medio de muchedumbres que se agitan con celulares, con sistemas múltiples de redes (...). Pareciera que nunca las madres han tenido tanto contacto (las que tienen celulares) con sus hijos hasta abrumarlos (siempre las madres abruman a los hijos, tal vez nunca más que ahora) y nunca estuvieron tan distantes. Esta es una paradoja. «¿Es una paradoja?», me pregunto. (Schmucler, 2013: 8)

Y continúa, «y cuando digo comunicación no es un simple juego. O vivimos comunicados, es decir, nos sentimos juntos con otros; o, la vida humana va diluyendo su sentido» (Schmucler, 2013: 8).

Es desde esta interpelación que regresamos a la etimología de la palabra comunicación, no como búsqueda del origen, sino porque ir hacia la etimología es *des-enlazar*, un movimiento que, según Roland Barthes (2003), permite describir los matices de los que está compuesta una palabra. En ese movimiento (que nos lleva a destejer los aspectos enlazados en la palabra *comunicación* tanto desde la etimología del latín *communicare*, cuanto desde la raíz *mei* del indoeuropeo) encontramos no sólo algunas de sus filiaciones y las instituciones (Cfr. Benveniste, 1983) a las que se la vincula; sino que además habilita el pensar los sentidos que se renuevan o sobreimprimen en la palabra *comunicación*. Desde allí queda configurada una constelación en torno a la palabra comunicación que incluye entre sus términos significativos a los de: común, comuni-

dad, comunión e intercambio en sus múltiples manifestaciones, cerca del don, de la amistad, del estar-con, de la mutualidad. Claro que la etimología no es una afirmación universal ni estática, muestra también inversiones y paradojas.

Y como paradoja, la palabra comunicación, contiene fundamentos esencialistas y tendencias asimiladoras de lo singular que invalidan la posibilidad de la comunicación. Mientras que como inversión la confunde con la difusión (la técnica), con la proliferación de la palabra, con la transmisión, con la idea de consensos unificadores, con el medio que la haría posible o con la existencia de un estar comunicados indefectiblemente.

| 39

Finalmente, interesa aquí dejar planteado que la comunicación alude, simultáneamente, a esas consignas que rigen una sociedad dada, a ese orden comunicacional; pero también a un contenido que está dado por el énfasis puesto en otros sentidos del vivir y que se abre desde la etimología de la palabra, no sin contradicciones y paradojas. De modo que es preciso estar atentos a las encrucijadas y los riesgos, no siempre evidentes, a los que nos reenvía el vocablo comunicación; pues si en él se configura una aspiración a vivir-juntos, a una idea de comunión, de comunidad; también allí existe la posibilidad de la confusión y la paradoja que nos recuerda que en cada acto y en cada decisión pervive siempre un elemento que anula la posibilidad de ser otra cosa. Es posible, por ejemplo, aspirar a sostener el Vivir-Juntos⁸ que sueña Barthes (2003), pero cuando en un ideal de comunidad se conmina a los sujetos a una afirmación identitaria, la comunión deja de ser la amorosa presencia del otro para transformarse en una instancia de unificación y homogenización de la que nacen formas esencialistas y totalitarias.

Notas

1. El presente trabajo recupera aspectos planteados en la tesis doctoral de la autora titulada *Variaciones sobre la comunicación. Una aproximación a la dimensión humana de la comunicación*. Córdoba, Argentina. Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad Nacional de Córdoba. Gasquez, M.G. Marzo, 2019.

2. Al hablar de los estudios sobre comunicación Schmucler advierte que se trata más bien de «un espacio común cuyo drama radica en su dificultad para nombrarse: el campo de conocimiento que integra la comunicación, en efecto, no ha logrado hasta ahora delimitar una identidad claramente establecida» (2006: 87).

3. Mencionamos los siguientes desplazamientos: del estudio de los medios a las mediaciones para volver nuevamente a los medios, desde el difusionismo al giro crítico, desde el estudio del mensaje a los estudios culturales, desde las audiencias

pasivas a los públicos activos, desde la manipulación a la resistencia, desde la investigación a la acción política, desde la ciudadanía al consumo y el mercado, desde la denuncia a las lógicas de los procesos de producción a la producción de procesos de comunicación, desde la ingeniería a la filosofía, pasando por la psicología conductista, el psicoanálisis, la sociología funcionalista y la crítica, la economía y la semiótica, etc.

4. Bajo el título de Teoría/s de la Comunicación se produce un recorte recurrente y repetitivo que puede observarse en los programas de las asignaturas homónimas, en los contenidos mínimos previstos en diferentes planes de carreras de Comunicación y afines y en textos y manuales que las presentan y que han proliferado, de manera significativa, en el ámbito académico. No pretendemos en este punto ingresar en un debate en torno a la selección bibliográfica realizada en el ámbito académico. No obstante, consideramos

que las propuestas que agrupan unos enfoques y escuelas en torno a las teorías de la comunicación constituyen aquello que se presenta como saberes válidos e ineludibles y que tienden, en términos de Fuentes Navarro (2008), a la normalización y objetivación disciplinar de los estudios en comunicación.

5. Para especificar a qué referimos con «consagración de la visión comunicacional» mencionamos los modelos de formación e investigación universitaria en comunicación. De la lectura y análisis de algunos planes de estudio correspondientes a las universidades públicas argentinas es posible advertir concepciones comunicacionales que resultan complacientes con la visión dominante; ello supone la jerarquización de una formación técnico-profesional y la adaptabilidad sistemática de los planes y sus modificaciones a los marcos regulatorios, a las políticas de comunicación y cultura vigentes y a los avances tecnológicos; situación que favorece el abandono de la función crítica en el ámbito de la universidad, siendo esta una estructura institucional en la que es preciso que dicha función se establezca sin condiciones. Para una discusión en esta línea remitimos a los artículos de Carlos Mangone: (2006). Balance de las cuatro décadas. Clase teórica dictada el 4 de mayo de 2006; (2007). Una cuestión de énfasis: el relativismo académico y la intervención político intelectual. En: *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, N.º 2, 1-5 y (2008). Un espejo en dónde mirarse: crisis financiera y comunicación de masas. En: *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, N.º 4, 3-11.

6. Mencionamos a continuación algunos de los escritos que proponen una reconstrucción de los estudios de comunicación en Argentina: AA.VV. (2006). En *Revista Argentina de Comunicación*, N.º 1; Rivera, J.B. (1987). *La investigación en comunicación social en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur; Rivera, J.B. (1997). *Comunicación, medios y cultura. Líneas de Investigación en la Argentina. 1986-1996*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación; Saintout, F. (2003). *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*; Saintout, F. (2015). *Los estudios de comunicación en la Argentina: consensos y disensos*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata; Schmucler, H. (1997). Lo que va de ayer a hoy (en los estudios de la comunicación). En Schmucler, H. *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos y Zarowsky, M. (2017). *Los estudios de comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985)*. Buenos Aires: Eudeba.

7. Una síntesis del rumbo que siguieron las PNC en Argentina y también en la región, así como una aproximación a los conceptos centrales que articulan la problemática pueden encontrarse en: Becerra, M. (2015). Argentina: tres décadas de políticas de comunicación en democracia. En Becerra, M. *De la concentración a la convergencia. Políticas de medios en Argentina y América Latina*. Buenos Aires: Paidós; Eliades, A. (2009). *El derecho a comunicar y la actividad radiodifusora*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata; Gándara, S. (2015). La madre de todas las batallas. Un examen crítico de las políticas de comunicación en Argentina en el período 2003-2014. En Gándara, S. *Intervenciones. Medios y Estado. Los términos de un largo debate (2008-2016)*. Buenos Aires: Cazador de Tormenta; Loreti, D. y Lozano, L. (2015). *El derecho a comunicar. Los conflictos en torno a la libertad de expresión en las sociedades contemporáneas*. Buenos Aires: S. XXI; Mangone, C. (2013). *Un acercamiento socialista a la Ley de Servicios de Comunicación audiovisual*. *Zigurat*, (7), 14-18; Marengi, P., Mastrini, G. y Badillo, A. (2013). Políticas de Comunicación en América Latina: un estudio comparado de los gobiernos de izquierda. En *Congreso Nacional ULEPICC*, España; Marino, S., Mastrini, G. y Becerra, M. (2010). El proceso de regulación democrática de la comunicación en Argentina. En *Oficios terrestres*, N.º 25, 11-24; Mastrini, G. y Mestman, M. (1996). ¿Desregulación o re regulación?: de la derrota de las políticas a las políticas de la derrota. En *CIC Cuadernos de Información y Comunicación*, N.º 2, 81-88 y Rossi, D. (2016). *Acceso y participación: el desafío digital entre la garantía de derechos y la restauración desreguladora*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales.

8. Durante 1977 Roland Barthes dictó, en el Collège de France, el curso titulado *Cómo vivir juntos*. Para pensar este tema recurrió a las comunidades idiorrítmicas en tanto designan un modo de vida particular: el de los monjes en el Monte Athos, vida a la vez autónoma e integrada. Se trata de comunidades que anulan la imposición de un ritmo para dar lugar a un movimiento en el que conviven lo individual y lo social, espacios de reconocimiento de diferentes ritmos que contemplan la singularidad y cuya constitución está dada por la oscilación entre el poder y la marginalidad. Sin embargo, la idiorritmia no se restringe, en el planteo de Barthes, a la forma de vida conventual. El autor sugiere extender este término a otras comunidades, aunque pequeñas, para pensar un vivir-juntos idiorrítmico como manera ideal de organizar el poder. El Vivir-Juntos conoca un deseo y Barthes busca las formas posibles de esa disponibilidad sin imposiciones.

Referencias bibliográficas

- Andrés, R. (2011). *El silencio como lenguaje*. Entrevista realizada por: Montesinos, T. <http://almaenlaspa-labras.blogspot.com/2011/01/entrevista-ramon-andres.html>
- Barthes, R. (2003). *Cómo vivir juntos. Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*. Siglo XXI.
- Barthes, R. (2004). *Lo Neutro*. Siglo XXI.
- Becerra, M. (2015). *De la concentración a la convergencia. Políticas de medios en Argentina y América Latina*. Paidós.
- Benveniste, É. (1983). *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Taurus.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Siglo XXI.
- Breton, PH. (2000). *La utopía de la comunicación*. Nueva Visión.
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*. Eudeba.
- Ford, A. (2002). Comunicación. Altamirano, C. (Dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*. Paidós.
- Fuentes Navarro, R. (1992). El estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural en América Latina. *Diálogos de la Comunicación*, N.º 32, 1-8.
- Gruss, L. (2010). *El silencio. Lo invisible en la vida y el arte*. Capital Intelectual.
- Le Breton, D. (2006). *El silencio. Aproximaciones* (2ª ed.). Ed. Sequitur.
- López p., R. (1998). Crítica de la teoría de la Información: Integración y fragmentación en el estudio de la comunicación. *Cinta Moebio*, N.º 3, 24-30.
- Loreti, D. y Lozano, L. (2015). *El derecho a comunicar. Los conflictos en torno a la libertad de expresión en las sociedades contemporáneas*. Siglo XXI.
- Mangone, C. (2006). Balance de las cuatro décadas. Clase teórica dictada el 4 de mayo de 2006. http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:6kGHjHm_V8QJ:www.catedras.fsoc.uba.ar/mangone/balance_de_%2520las_d%25E9cadas.doc+&cd=2&hl=en&ct=clnk&gl=ar [Consulta: mayo, 2021]
- Mastrini, G. y Mestman, M. (1996). ¿Desregulación o rerregulación?: de la derrota de las políticas a las políticas de la derrota. *CIC Cuadernos de Información y Comunicación*, N.º 2, 81-88.
- Mattelart, A. y Mattelart, M. (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Paidós.
- Moliner, M. (2007). *Diccionario de uso del español*. Del Nuevo Extremo.
- Schmucler, H. (1997). *Memoria de la comunicación*. Biblos.
- Schmucler, H. (2006). *Los estudios sobre comunicación. Memoria y biografía*. Prometeo.
- Schmucler, H. (2013). *De biografías y bibliografías*. Conferencia pronunciada el 19 de abril de 2013 en la Universidad Nacional de San Luis cuando se le otorgó el Grado Académico Doctor Honoris Causa, San Luis.
- Sfez, L. (2007). *La comunicación*. Amorrortu.
- Steiner, G. (2006). *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*. Gedisa.
- Wiener, N. (1988). *Cibernética y sociedad* (3ª ed.). Sudamericana.